



Gerardo César Hurtado

El presente libro constituye una obra dentro de la línea característica del autor: cierta propensión metafísica, un simbolismo recurrente siempre al aforismo, metáforas buenas, algunas equilibradas pero hay logro, afán de superación, aún con detalles que delatan a su autor y lo hacen caer en cierto hermetismo, y su poesía se convierte en una especie de tratado estético, en torno a una belleza que captura, frecuentemente, con dificultad. Para decir en propiedad, el libro de Carlos de la Ossa asume una posición distinta en la poesía que se escribe entre otros coetáneos; mucho de esto lo notamos leyendo los libros anteriores a éste: el predominio de ciertas palabras, la recurrencia al paisaje terrestre y al marítimo, sus colores vivos. En general, en el presente libro, lo que hay es un predominio mayor del amor; su canto se vuelve lírico, aunque hay poemas de un lograda factura en en la calidad, queda la sensación de que la poesía es impresionista:

“Quisiera verte sola
sentada sobre el césped
con un vestido sencillo
con los cabellos sueltos entre el viento
y la luz” (pag. 27)

Este impresionismo, a veces tiene algo de una dulzura artificial, pero que da cierto tono afectivo y buscando lo profundo le confiere a los poemas una estimación valiosa, pero no duradera. Hay cierta improvisación en los títulos, cierto mecanismo que regula, y esto es notable a la hora de equilibrar el libro. Hay una gran cantidad de poemas que no tienen la calidad de otros. Y una calidad que todavía se puede juzgar. Hay poco hallazgo, para decirlo en otras palabras, y que deslumbró al lector.

“Rosas negras sobre la tarde arrepentida”, tiene presagios de una obra que se manifiesta en búsqueda del canto a sí mismo, con las claras diferencias, que ha de constituir la buena poesía.

La temática es inusitada: del paisaje, evoca a la amada, y de ésta, como identificación con la naturaleza. Es frecuente hallar en esta poesía, las imágenes arrastradas por palabras corrientes, por numeraciones en los títulos de los poemas, que le quitan espontaneidad a la aparición de la belleza invocada. Pero lo que salva a todo poema y en especial a Carlos de la Ossa es que sabe manejar bien el hilo conductor de las imágenes, aunque lo que se llama unidad del poema debe integrarse —en lo futuro— con más cuidado, pues la emoción hace perder a veces la objetividad con que luego ha de criticarse un poema. El amor en el libro parece cobrar una fuerza distinta, es ciertamente un espíritu profundo preocupado por los paisajes y la melancolía de cierta de lugares que el poeta ha visitado. A veces el poeta canta a Gabriel, que es él mismo: que es el poeta, entre juegos de palabras y efectos. Logra, sin embargo, una buena imagen a la hora de recabar el poema:

Gabriel
el discípulo de la luz
brillaba
como la piedra recia,
del carbón—diamante” (pag. 66)

Hay rachas de romanticismo, todavía no superado, en cuanto al enfoque de la temática de la poesía contemporánea; pero no por esto deja de interesarse por asuntos poéticos de índole cósmica, de universalidad, de cierto airoso simbolismo que encierra una gran transmisión de mensaje a sí mismo y a los demás. Hallamos una dosis de amor muy lleno de fantasmales evocaciones con la amada y luego una búsqueda de la Mujer, por la palabra, por el tiempo, por la distancia, por el paisaje; continuamente hay un expresarse por la naturaleza, principalmente por una flor, por un color llamado azul, o por una simple recurrencia a la imagen sencilla:

“Cansados de tanto
nardo encendido
en lágrimas decidimos amarnos”

En general, la obra que presentamos, logra la atención del lector, ya desde su título algo surrealista (o superrealista) y que invoca una meditación poética —filosófica a la vida, ante su símbolo, su alma, universal.